

# ***No tenemos miedo***

## **Notas tras el atentado de Barcelona**

**Por Mons. Manuel Nin Güell, exarca de los católicos griegos de rito bizantino y monje de Montserrat**

Cuando éramos pequeños y desde El Vendrell íbamos en familia a Barcelona por cuestiones de tipo familiar -médicas, escolares, comerciales-, casi siempre viajábamos en tren, y aquella visita a la capital solía terminar siempre, antes de coger el tren de vuelta, con media hora de paseo por *Las Ramblas*, donde podíamos ver multitud de puestos con animales más o menos exóticos, y con plantas, sobre todo cactus de una belleza única. La victoria consistía en arrancar de la generosidad de los padres o de los abuelos la decisión de comprarnos algún animalito -ya fuera un pájaro o un pez- o algún cactus, cuantos más pinchos tuviera mejor, para llevar a casa. Nunca me hubiera imaginado que aquel lugar de esparcimiento, de tranquilidad, de vida familiar pudiera ser, un día, lugar de terror y de muerte.

Cualquier atentado, cualquier forma de terrorismo genera en nosotros -no digo suscita sino genera, porque se trata de algo que surge, que nace de dentro- genera, digo, repugnancia, tristeza y miedo. Y estas dos últimas reacciones pueden constituir la verdadera victoria del terrorismo y de los terroristas en nosotros: la tristeza y, sobre todo, el miedo. El miedo que aún puedan volver, que nos pueda tocar un día nosotros, en cualquier lugar y en los lugares más variados, incluso lugares de recreo y de tranquilidad. La victoria del terrorismo consiste en hacernos cambiar no sólo las costumbres sino lo que somos. Ver las calles de Roma, de París, de Barcelona, de Londres y de tantas ciudades europeas con tanta policía (y a veces el ejército y todo) no me deja tranquilo -a pesar de reconocer y agradecer el esfuerzo que hacen estas personas que arriesgan sus propias vidas-. Conozco *Las Ramblas*, conozco la *Promenade des Anglais* en Niza, lugares donde hombres y mujeres, ancianos y niños van a pasear, a charlar tranquilamente, a mirar (o distraerse) en silencio -pasear en silencio es muy bonito- o bien acompañados. Y es que los hombres somos fundamentalmente "peripatéticos", es decir, "paseadores"; hacemos paseos: solos para pensar o quizás para decidir; con los amigos, con las personas que queremos, para contrastar, para evaluar..., tal vez incluso para discutir. Y es en este punto donde golpea el terrorismo, como si quisiera matar al hombre, claro; pero por encima de todo matar su acto de pensar, de decidir, de dialogar libre y responsablemente, matar para evitar que el hombre "peripatético" piense, decida, y que lo haga con libertad, que se confronte, que comparta, que dialogue, que ame.

Lo contrario de pasear es estar quieto, inmóvil, cerrado en sí mismo: lo contrario de pasear, de reflexionar, es no tener un pensamiento propio, no decidir, dejar que otro, en el mal, lo haga por ti. Lo contrario de compartir, de dialogar, de confrontarse es, precisamente, quedarse encerrado en el propio aislamiento, en el propio terror. Un terror que se gesta en el corazón del hombre y que cuando se ha acumulado -no digo madurado porque nunca es maduro- entonces explota, sale afuera con la furia y con la frialdad del volcán, y siega vidas humanas que piensan, que aman -y una siega que no es sinónimo de cosecha abundante, sino una siega de dispersión y de muerte-. Las imágenes de las Ramblas barridas en zigzag para asegurarse que no se escapa nadie o que alguien, tal vez habrían sido muchos, hicieran una barrera humana, un muro, para protegerse a sí mismo y a los demás. Estas imágenes, como las de otras ciudades europeas antes de Barcelona, me han impactado no sólo porque es una ciudad que quiero mucho sino, por encima de todo, porque se ha querido volver a golpear en las personas a aquella manera nuestra de dialogar, de pensar, de reflexionar, de compartir. Y digo bien convencido de que es una manera "nuestra" porque la hemos aprendido de Aquel que caminaba junto con sus discípulos subiendo a Jerusalén,

de aquel, el Señor Jesucristo, que paseaba por el templo, que se sentaba a enseñar; que de noche se iba a orar en lugares apartados y recogidos, solo pero nunca aislado, siempre en comunión con su Padre y nuestro Padre. Y su Evangelio de comunión, de vida y nunca de muerte y de terror, es el que ha dejado su huella imborrable en estas ciudades europeas golpeadas por el terror y no por el amor, por la desesperación y no por la comunión, por la muerte y no por la vida. Ciudades pioneras -y tendremos que decir, aunque nos pese, quizás ilusoriamente- pioneras del diálogo y de la acogida.

Los rostros de las víctimas, que han aparecido en los medios, me vuelven continuamente estos días. También los miles de hombres y mujeres que en la plaza de Cataluña, al día siguiente del atentado, gritaban "*no tenemos miedo*" como para dar una respuesta clara, llena de coraje, pero respuesta ¿a qué? ¿A quién? Digámoslo: a alguien, a una realidad que no sabe ni quiere dialogar ni escuchar, sino tan sólo segar vidas humanas inocentes. ¿Tendremos que decir que tiene razón, a fin de cuentas, quien afirma que nos encontramos ante un "mal incurable, ante una metástasis que ninguna terapia es capaz de erradicar"? Nosotros, los cristianos, compartimos aquel "*no tenemos miedo*" que nace de nuestra fe cristiana, de nuestra fe en Aquel que muriendo en la cruz ha vencido el pecado y la muerte. Estos días, las Ramblas, llenas de flores, cirios, estampas y mensajes, se convierten en lugar de peregrinaje, icono del sufrimiento, pero también de esperanza, lugar de oración y de memoria en la fe. *No tenemos miedo*.